

La espada de Casado

POR **Iñigo Barandiaran**



Al margen del debate del proyecto de Ley de Presupuestos, en el discurso pronunciado por Pablo Casado se percibe como nunca la amenaza de una involución antidemocrática; lo que está en juego no es determinado modelo de Estado, sino de libertades

COMO un telepredicador ante un auditorio entregado, el más genuino dirigente de una derecha cada vez más extremizada ascendió en su intervención del pasado martes en el Congreso de los Diputados no a los cielos que solo atisba envuelto o bajo la sombra de banderas que más le excitan que inspiran, sino a la tribuna del hemisferio. Lo hizo para lanzar una proclama que nada tenía que ver con la enmienda a la totalidad del proyecto de Ley de Presupuestos del Estado que, se supone, iba a defender, sino con la exposición de una realidad amenazante adaptada a su interés.

El elemento vertebrador de su discurso era "la espada". Y no la de la Justicia, de cuyo símbolo hurtaba esa herramienta para convertirla en amenaza en lugar de garantía, sino la de una guerra que emprendía contra todo disidente, contra todo aquel que ose cuestionar su nación unitaria, aquella de la "unidad de destino en lo universal".

El presidente del PP, Pablo Casado, aderezó su retórica tanto con el estríbillo de la ilegitimidad del Gobierno en activo como con un delirante y amenazador relato, más de lo habitual. Así y en la actitud intimidatoria que ya le caracteriza no dejaba fuera del filo de aquella espada a quienes querían "destruir España", calificativo que si bien protagonizan los "malos españoles" que conformamos las huestes "independentistas", hoy también asocia al Gobierno español, respecto del que reclamaba la aplicación de "otro 155".



"Nunca nadie hizo tanto mal en tan poco tiempo", advertía al presidente de gobierno, Pedro Sánchez, para reclamar la convocatoria de elecciones, no sin antes afejar su falta de intervención en Catalunya, a través de un nuevo 155, y la persecución de sus líderes, que prometía hacer cuando accediera al poder.

Fiel a su actitud de crispación y enfrentamiento, hizo uso de casi todos los tópicos, como el de "romper España" como acusación, que empiezan a ser peligrosamente amenazantes para todo disidente y, por ello, incluso antidemocráticos. Así he querido entender la perla que lanzó Casado de que "renuncia a integrar a los que quieren desintegrar España". Toma ya. A por ellos. A la cárcel o al exilio.

Todo un canto al diálogo y a la integración entre diferentes y un canto a la esperanza de quienes predicaban la convivencia entre comunidades, entre naciones. Más que un escenario, Casado proyecta un patíbulo de imposición a través de "la espada", que ya ha dejado de estar integrada en el símbolo universal de la Justicia para convertirse en un elemento de coacción de rango constitucional.

Y, no lo niego, da miedo. Su posición de derecha extrema, junto con la conniven-

cia con las ultraderechas, declaradas o de vocación, suponen reconocer un hipotético escenario que, en caso de acceder al poder, supondría según sus palabras la exclusión del debate político –y probablemente de un ámbito de libertades– a quienes no participan ni de esa idea de Estado ni de nacionalidad ni, probablemente, de la condición de "buenos españoles" según su criterio. Y eso es grave. Al margen del debate del proyecto de Ley de Presupuestos, he percibido como nunca la amenaza de una involución antidemocrática, lo que me reafirma en concluir que, desde la declaración del 155, lo que está en juego no es determinado modelo de Estado, sino de libertades. Y lo realmente grave es que con la intervención de Casado se ha podido constatar no ya la falta de voluntad de algunos de avanzar en dicho debate, sino la decisión de otros de imponer otro antidemocrático y segregacionista, que supone la exclusión e incluso la criminalización de quienes no participan de aquellos supuestos valores esenciales.

Repito, la amenaza de esa espada empieza a dar mucho miedo. ●

* Diputado de EAJ/PNV